

Reflexión para el Grupo del Padre Pio. Marzo 2020

Hace dos días, por radio, un psicólogo se largó una larga perorata sobre lo que ha de hacer la gente en su casa, afirmando banalidades por todos conocidas y repetidas en todas las ondas todos estos días hasta el cansancio. Pero, entre tanta cháchara tipo autoayuda, se le deslizó la frase de que también estas jornadas de cuarentena impuesta por los funcionarios del Estado podrían servir, ante la presencia de la muerte, de reflexión sobre el sentido de la vida. El conductor principal del programa, despedido el locólogo de ocasión, pensativamente dijo, sin apagar el micrófono, *“Hacía mucho que no oía hablar por radio a nadie sobre la muerte.”*

Esa muerte que se oculta tras la tapia de los cementerios, de los fugaces o inexistentes velorios, de los morideros de los geriátricos, de los maquillajes de los funebros.

Y así se encubre la gran incógnita de la vida a la cual, desde una nada previa infinita, asomamos a estos breves años. ¿Para qué? ¿Broma macabra de una existencia caída como la bola de la ruleta sobre nuestra cabeza? ¿Por qué yo y no otro? ¿Y por qué entonces despertarme por unos años y llenarme de ilusiones y luego implacablemente despedirme con un aviso fúnebre en la Nación?

Para peor con el engaño inducido en todos nosotros de la falsa impresión de que la vida continúa porque las cifras de la humanidad no paran de crecer y la historia ofrece la apariencia de una continuidad de vida que, en realidad es falsa, porque la única vida que realmente nos toca de cerca es ‘la mía’, en todo caso ‘la nuestra’ y la de nuestro pequeño mundo de gente amada y conocida.

Al mundo moderno le gusta hablar de la Humanidad, de la Historia, del Futuro en lejanos planetas, pero ¿y yo y aquellos que me son caros y forman parte casi de mi yo?

No en la Humanidad, sino en nuestro pequeño mundo conocido y familiar la muerte aparece sin la asepsia de la estadística sino con el dolor del ser amado perdido o el temor de la propia muerte.

El sacerdote es un familiar de la muerte. Desde que es ordenado comienza a pasar casi cotidianamente frente a los que en sus lechos tienen signos de alejarse de este mundo. Y el sacramento que les lleva, lejos de ser una ceremonia funesta, es una esperanza luminosa que lo hace pensar constantemente en la Vida. Una vida cuya brevedad o al menos caducidad se le hace experimental en aquel a quien unge, ya cumplido su trayecto en esta tierra, y que a él mismo, cuando van pasando los años y se avecina a la vejez -esa enfermedad terminal de la cual nadie puede escapar- se le va haciendo palpable realidad.

Y si la muerte se convierte en algo fúnebre es porque, sabiendo y creyendo en el más allá, es sabedor de que, a pesar de la misericordia de Dios identificada con su justicia, puede fracasar definitivamente en su condición de cristiano, atraído por los abundantes señuelos de la puerta ancha que le ofrece el mundano jolgorio.

A un obispo que, en la mitad de un vuelo a Europa, expresaba miedo en su rostro en medio de serias turbulencias atmosféricas, una señora le reprochó: *“Pero ¿cómo es que tiene miedo Monseñor Vd. que cree en la vida del otro*

mundo? “Precisamente por ello -contestó el prelado-. Si supiera que del otro lado no hay nada no temería.”

Lo afirmaba Mark Twain: “No le temo a la muerte. He estado muerto durante miles de millones de años antes de nacer, y no he sufrido el menor inconveniente por ello.”

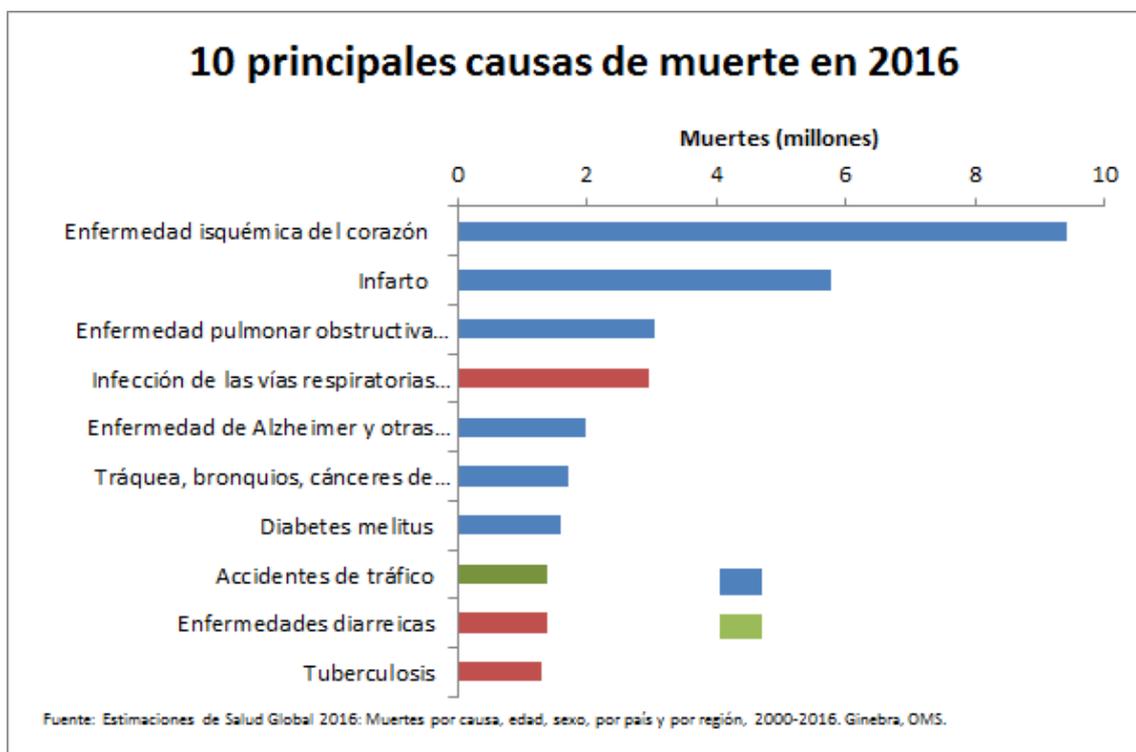
Pero los que sabemos que hemos venido a esta introducción, prólogo, antesala de la Vida que es nuestro vivir en este mundo y que su solo sentido es preparar nuestro alojamiento definitivo—(en realidad nuestra morada la prepara el Señor, pero hemos de merecerla)- en la Delicia Suprema con el Eterno, sí podemos temer que las monedas de los días que nos han dado para adquirirlo las hayamos malgastado fútilmente.

No es el momento de ser macabros, pero dado el confinamiento al que estamos sometidos por este misterioso virus, es bueno reflexionar que la vida de los hombres si no hay Alguien que nos prepara con el supremo Poder de un Creador Misericordioso una Vida superior y definitiva, es un absurdo disparate.

Veamos: hay más muertos que vivos, según confiables estadísticas. Vivos 7 millones más 700 mil habitantes, los cuales morirán todos en el lapso no mayor de 100 años. Muertos, en cambio, en el transcurrir de la línea del tiempo de la humanidad: 107.000 millones¹.

Actualmente, la media de personas que mueren a nivel global a diario es de 155.520 individuos. No estaría de más comparar con las 20.000 y pico de personas que han muerto hasta ahora por el Coronavirus según la Universidad Johns Hopkins.

Por interés secundario bueno ver las causas de la muerte, según el cuadro siguiente:



Lo del Covid-19 no parece -y menos comparado con otras pestes históricas y las guerras, tanto públicas como acalladas por la prensa, de los últimos siglos- una especial causa de muerte.

Pero loado sea Dios que nos permita reflexionar en nuestros momentos de vela y, por qué no decirlo, de tedio. Y, si es posible, aprovecharnos la oportunidad, para acercarnos a Dios mediante Jesús.

Los que intentamos conformar nuestra vida a la de Nuestro Señor Jesucristo mediante la Santísima Virgen y el ejemplo del San Pio de Pietralcina sabemos que, a pesar de que todo converge hacia la Pasión de Nuestro Señor y la de María y la estigmatizada del P. Pio, todos ellos se ocuparon también de aliviar la vida desestabilizada por la enfermedad y el dolor en este mundo. No solo los milagros sanadores de Cristo sino lo extraordinario de un hombre que, aunque vivía para la Vida eterna -o precisamente por ello-, también construyera casi milagrosamente uno de los hospitales más complejos e importantes del mundo.

Pero todo ello, desde la explosión de vida de la Anunciación hasta el estallido estupendo de la Resurrección y la Asunción de María, no es más que un periplo vital en el cual el morir cristificado del bautizado no es sino el paso plenificante al verdadero Vivir. Vivir del que dijo *“Yo soy la Vida”, “Yo soy el Pan de vida”*. *“Yo no he creado para la muerte, sino para la Vida”*.

Muchas de las comodidades que usábamos -quizá algunos abusábamos- antes de la cuarentena que ha coincidido con el comienzo de la cuaresma hemos que dejarlas por necesidad. Incluso ciertos temas que ocupaban a nuestros desorientados obispos como justicia social, ecología, Amazonia, Pachamamas, autoayudas, teología del Pueblo, han pasado a segundo plano. La cuarentena nos da ocasión -como el transitar una verdadera cuaresma- de redireccionar nuestros vivires hacia lo Verdadero, lo Bello definitivo, los gozos auténticos, la maravilla del Dios que nos espera recreándonos para abrazarnos en la Eternidad.

Allí sí, la creación perfecta y terminada -no en gestación como en los días que marcan nuestros deshojados calendarios- viviremos para siempre.

ⁱ Population Reference Bureau calculando la cifra en el 2012